

## MERCY'S MEASURE

### *"Falling in Love"*

Since today is Valentine's Day, I thought I would share with you a story about pure love.

My first "puppy love" was in seventh grade. She was a cute girl with a vibrant personality. However, it was a short romance. High school and even college brought a few more girls into my life—some relationships a little more serious than others, but none of them lasted. The problem, I realized, is that I was reading the Bible in high school (a personal project as part of my examination of all religious beliefs) and I discovered a God who loved me more than anyone else could. Worse, I began to love God and wanted to be able to serve Him completely. That love for God centered around the Son of God, Jesus Christ. Of course, my love for God was not like my love for women. My feelings were not of romantic desire—they were of gratitude. I desired to tell others what I had learned from reading the Bible: God loves all of us. To me, it was more important to be true to God than to seek my own satisfaction. I did not decide quickly or at one time that I would end up serving the Lord. In fact, I kind of hoped that I would become disappointed in this choice or that I would be found unworthy of a priestly vocation. Then, once I had gotten the idea out of my head, I could go back to "being normal" just like all the other guys around me. But that's not how love works. When you are loved, and when you love in return, love grows. Your imperfections, your weaknesses, even your stubbornness can be overcome if the love is pure. Even the most perfect marriage has temptations, arguments and frustrations. But what makes a marriage or love perfect is the ability to forgive and grow with each other. I did not think about a priestly vocation because I was holy, always helping others, or because people told me I should be a priest. I began to think about priesthood when I learned how much God loves the world and how much I also love God. And unlike all my other loves throughout school, this was the one love that would never go away and never diminished as time went on.

This last Gospel we read before Lent is one of the strangest stories in the Gospels. Scholars love to show the irony of how the leper becomes clean and Jesus becomes a leper because he can no longer walk openly due to His fame. Confessors tell us how the man sins by not following Jesus' command to keep quiet and show himself to the priest. Preachers love to tell us how this healing shows the power of Jesus who cannot be made unclean, but whose touch cleanses all. But I am taken by the simple exchange between Jesus and the leper. The leper says to Jesus, "If you wish to do so, you can make me clean." Jesus responds by saying, "I do will it. Be clean."

That exchange captures the great love Jesus has for us. We cry out to God in our time of need, in our suffering, in our loneliness. We know God can heal us, but we do not know the price. Will we have to change our lives? Stop sinning? Become holy? What will He want from us in exchange? Jesus asks us for nothing: He simply chooses to heal us and dispel our pain and weakness. It is that simple act of pure love on God's part that changes everything for us. How can we NOT tell the world about God's love for us? How can we not love God when He loves us so?

Peace,

*Fa Nick*

## LA MEDIDA DE LA MERCED

### *"Enamorarse"*

Ya que hoy es el Día de San Valentín, pensé que compartiría con ustedes una historia sobre el amor verdadero.



Mi primer "amor adolescente" fue en séptimo grado. Era una chica linda con una personalidad vibrante. Sin embargo, fue un romance corto. Durante la escuela secundaria e incluso la universidad encontré el amor algunas veces más en mi vida, algunas relaciones un poco más serias que otras, pero ninguna de estas duró. El problema, me di cuenta, es que estaba leyendo la Biblia en la escuela secundaria (un

proyecto personal como parte de mi examen de todas las creencias religiosas) y descubrí un Dios que me amaba más de lo que nadie podría. Peor aún, comencé a amar a Dios y quería poder servirle plenamente. Ese amor por Dios se centraba en el Hijo de Dios, Jesucristo. Por supuesto, mi amor por Dios no era como mi amor por la mujer. Mis sentimientos no eran de deseo romántico, eran de gratitud. Deseaba decirle a los demás lo que había aprendido al leer la Biblia: Dios nos ama a todos. Para mí, era más importante ser fiel a Dios que buscar mi propia satisfacción. No decidí rápidamente, menos aun, que terminaría sirviendo al Señor. De hecho, yo esperaba que me decepcionara con esta decisión en cualquier momento o que me encontrarán indigno de una vocación sacerdotal. Pues entonces, ya con esta idea sacada de mi cabeza, yo podría volver a "ser normal" como todos los demás jóvenes que me rodeaban. Sin embargo, así no es cómo funciona el amor. Cuando se es amado, y cuando uno ama de igual manera, el amor crece. Las imperfecciones, las debilidades, incluso la terquedad pueden ser superadas si el amor es verdadero. Incluso el matrimonio más perfecto tiene tentaciones, discusiones y frustraciones. Pero lo que hace que un matrimonio o amor sea perfecto es la capacidad de perdonar y crecer el uno con el otro. No pensé en una vocación sacerdotal porque era santo, por siempre ayudar a los demás, o porque la gente me dijo que debía ser sacerdote. Empecé a pensar en el sacerdocio cuando me di cuenta cuánto Dios ama al mundo y cuánto también amo a Dios. Y a diferencia de todos mis otros amores a lo largo de la escuela, este fue el único amor que nunca desaparecería y nunca cesaría con el paso del tiempo.

Este último Evangelio que leemos antes de la Cuaresma es una de las historias más extrañas de los Evangelios. A los eruditos les encanta mostrar la ironía de cómo el leproso se vuelve limpio y Jesús se convierte en un leproso porque ya no puede caminar públicamente debido a Su fama creciente. Los confesores nos dicen cómo el hombre leproso peca al no seguir el mandato de Jesús de no divulgar lo ocurrido y de presentarse al sacerdote. A los predicadores les encanta decirnos cómo esta sanación muestra el poder de Jesús que no puede ser inmundo, pero cuyo tacto limpia todo. Pero me conmueve el simple intercambio entre Jesús y el leproso. El leproso le dice a Jesús: "Si quieres, puedes limpiarme". Jesús lo toca diciendo: "Quiero, queda limpio".

Ese intercambio captura el gran amor que Jesús tiene por nosotros. Lloramos a Dios en nuestro tiempo de necesidad, en nuestro sufrimiento, en nuestra soledad. Sabemos que Dios puede sanarnos, pero no sabemos a que precio. ¿Tendremos que cambiar nuestras vidas? ¿Tendremos que dejar de pecar? ¿Tendremos que llegar a ser santos? ¿Qué querrá a cambio él de nosotros? Jesús nos pide nada: Él simplemente elige sanarnos y disipar nuestro dolor y debilidad. Es ese simple acto de amor verdadero por parte de Dios lo que cambia todo para nosotros. ¿Cómo NO poder decirle al mundo sobre el amor de Dios por nosotros? ¿Cómo no poder amar a Dios cuando Él nos ama tanto?

Paz,

*Padre Nicolás*